

ARQUEOLOGÍA FUNERARIA CELTIBÉRICA

M^a LUISA CERDEÑO

*Universidad Complutense de Madrid**

1. *Introducción*

Los celtíberos han sido uno de los pueblos prerromanos más tratados en la historiografía hispana seguramente porque sus enfrentamientos con Roma hicieron que pasasen pronto a los anales de la historia escrita, a pesar de los cual existen numerosos aspectos de su desarrollo cultural que todavía deben ser investigados.

Durante mucho tiempo, se habló casi de forma exclusiva de sus etapas tardías sobre las que se conservaba una amplia información. Por una parte, los textos grecolatinos describen con cierto detalle las características que parecieron más relevantes a sus autores así como los episodios bélicos que les hicieron famosos y, por otra, la documentación lingüística ha proporcionado abundantes datos sobre la lengua celta que hablaron y que escribieron a partir de los siglos II-I a. C. Paradójicamente, la investigación arqueológica era más incompleta a pesar de que muchas necrópolis celtibéricas se conocen desde principios del siglo XX y de que se trata de una disciplina que permite retroceder más atrás en el tiempo y acceder a los momentos antiguos de una cultura, permitiendo profundizar en sus orígenes.

Hoy sabemos que a lo largo de un proceso de varios siglos se fue gestando la entidad cultural celtibérica a la que se puede seguir la pista, precisamente porque existen una serie de documentos arqueológicos claramente continuistas. Desde el siglo VII a. C. y hasta el encuentro con los romanos, se ha constatado la elección de un tipo determinado de

* Departamento de Prehistoria, mluisac@ghis.ucm.es.

hábitat en altura con un preciso diseño urbano, la utilización del rito funerario de la incineración en necrópolis con una distribución similar, el uso de determinadas cerámicas y de diferentes modelos de piezas metálicas, de motivos decorativos recurrentes, etc. Y muchos de estos aspectos materiales hunden sus raíces en el espacio cronológico del Bronce Final donde se están delimitando las distintas influencias que concurrieron en la cristalización del proceso cultural que ahora nos ocupa.

Por ello y como hemos hecho en otras ocasiones, vamos a revisar desde la arqueología la información que poseemos sobre el mundo funerario celtibérico. Son abundantes y están bien descritos los detalles materiales conocidos, pero hay que dar sentido a esas evidencias del pasado partiendo del axioma de que la cultura material, hoy inerte, es el reflejo de un grupo humano dinámico con una determinada ideología y unas determinadas creencias que marcaron su forma de actuar, siendo precisamente el ritual funerario una de las facetas que mejor puede reflejar las creencias de un grupo social, puesto que ayudaba a mantener su cohesión y la solidaridad social (Wait 1985: 5).

Como bien es sabido, la especie humana es la única consciente de su propia muerte y de la del otro y por ello todas las sociedades han sentido algún tipo de emoción ante este hecho incontrolable que supera todas nuestras posibilidades y ante el que se unen mente, consciencia, racionalidad y mito (Morin 2003: 51) y le han dedicado una especial atención que nosotros podemos conocer estudiando todos los vestigios que quedan en su entorno. Los rituales mortuorios son, además, los que más huellas materiales pueden dejar si los comparamos con rituales de fertilidad, de paso o con prácticas mágicas, y por ello las necrópolis han sido los lugares más deseados por los arqueólogos al quedar depositada en ellas una amplia información sobre numerosos aspectos culturales de la comunidad que las utilizó.

Desde los primeros momentos de la investigación se consideró a las necrópolis buenos depósitos cerrados que permitían un exhaustivo estudio de la tipología y la cronología de todos los objetos allí depositados, pero fue sobre todo a partir de los años 60 del pasado siglo, de la mano de los llamados nuevos arqueólogos (Champan *et alii* 1981; Bartel 1982; Alekshin 1983 y un largo etc.), cuando se llamó la atención sobre sus más amplias posibilidades informativas al considerar que las

prácticas funerarias las realizan los vivos y por tanto son un reflejo del sistema social y económico del grupo en cuestión.

Siendo estas propuestas de enorme interés, no solo pueden interpretarse aspectos tipológicos, socio-económicos o demográficos sino que también pueden plantearse otras aproximaciones, siendo los autores post-procesuales quienes insistieron en que las prácticas funerarias están ligadas a aspectos cognitivos e ideológicos a los que es difícil acceder y que además pueden enmascarar muchos comportamientos sociales (Hodder 1982; Shanks–Tilley 1982). Es cierto lo problemático que resulta generalizar pautas de comportamiento de sociedades antiguas pero aunque dichas pautas estarían muy alejadas de las nuestras es posible si se encuentra un adecuado planteamiento teórico, perspectiva que algunos investigadores han creído encontrar en la óptica estructuralista a través de la que se podría acceder a los códigos que aquellos pueblos utilizaban para entender y controlar la realidad que les rodeaba (Criado 1993; Hernando 2002). No hay que olvidar que el fenómeno de la muerte tiene un sentido sagrado y ritual entre grupos tradicionales de pensamiento mítico por lo que también hay que buscar modelos interpretativos desde la historia de las religiones, la etnohistoria o la etnografía, a pesar de que nuestro mundo contemporáneo ha secularizado casi totalmente la experiencia de la muerte (Winter–Salazar 1997).



Fig. 1: Localización del territorio celtibérico

La información sobre el mundo funerario celtibérico es relativamente abundante porque una veintena de necrópolis de incineración de la Edad del Hierro fueron descubiertas por el marqués de Cerralbo entre 1912-1920. Su difusión en los foros académicos nacionales e internacionales contribuyó a despertar el interés de muchos investigadores de la época por los hallazgos célticos de nuestro país y durante mucho tiempo fueron casi los únicos yacimientos arqueológicos que documentaban el desarrollo de la cultura celtibérica.

Proporcionaron un amplio registro material formado por las piezas que integraban los ajuares de las numerosísimas sepulturas encontradas, con el inconveniente de que la mayoría de dichos objetos se consideran fuera de contexto al proceder de excavaciones poco cuidadosas y por haber sufrido numerosos traslados y manipulaciones a lo largo de los años. Pero aunque entonces no se reseñaron un gran número de datos que

hoy consideramos valiosos, al menos han permitido conocer muchas características importantes de estos lugares, como su lugar de ubicación, el rito practicado o la cultura material en ellos recuperada.

Todo ello sirvió para identificar las particularidades de los grupos celtas peninsulares y pronto se volvieron los ojos hacia los celtas europeos para establecer los oportunos paralelos formales con pueblos equivalentes del otro lado de los Pirineos contribuyendo a aumentar la visión excesivamente unitaria del mundo celta, al ser evidentes muchas analogías formales, simbólicas e ideológicas.

Los estudios sobre la Edad del Hierro han experimentado un gran impulso desde hace dos décadas y se observa en toda Europa centro-occidental el evidente protagonismo del mundo celta, promovido especialmente desde el ámbito académico anglosajón que abrió el camino hacia nuevas perspectivas metodológicas e interpretativas. De la misma manera, en la investigación de la Protohistoria de los territorios del interior peninsular es indiscutible el protagonismo de los celtíberos, pero ante todo ello surgieron algunas voces críticas alertando sobre la supervaloración de los pueblos celtas y el peligro de presentar una visión excesivamente ‘pan-celtista’ (entre otros, Collis 1986, 1994; Hill–Cumberpatch 1993; James 1992), haciendo hincapié en la gran variabilidad regional, de la que serían un buen exponente los celtas hispanos.

2. Datos arqueológicos disponibles

En el momento actual es abundante la información que puede manejarse sobre las necrópolis celtibéricas, aunque no todos los datos estén bien interpretados. No solo existe una buena colección de objetos procedentes de los ajuares (cerámicas, adornos de bronce, armas de hierro, etc.), sino también se conocen los ritos empleados, la manipulación de los restos, el sexo y la edad de algunos individuos, la forma de las sepulturas, sus señalizaciones externas, su posible orientación astronómica, el paisaje en que se ubicaban, etc., con todo lo cual podría trazarse una síntesis de nuestros conocimientos sobre el tema.

2.1. *El paisaje funerario: espacios sagrados y orientaciones intencionadas*

El comportamiento de las sociedades humanas está íntimamente ligado al espacio que las rodea y pueden controlar de manera efectiva, por lo que dicha relación vincula también los demás aspectos sociales y explica la aparición de elementos monumentales en el paisaje, ya sea sagrado o profano, o determinadas orientaciones o referencias.

Las necrópolis formaban parte del conjunto social y está comprobado que la elección de los espacios ocupados durante la vida y los destinados al reposo de los muertos no fueron producto del azar sino de un premeditado diseño que conformaba un todo articulado. En el caso celtibérico, los cementerios se ubican en terrenos llanos, cercanos al castro y en casi una veintena de ejemplos con relación de visibilidad entre ambos, dato que indica la evidente intención de mantener incorporado y controlado el lugar funerario. Una excepción sería la necrópolis de Riba de Saelices que no se encontraba en llano, sino en una de las laderas del mismo cerro donde se asentaba el poblado (Cuadrado 1968: 4) y, por ello, mucho más próximo a él, o el caso de la necrópolis de Numancia, situada en una de las laderas del cerro de Garray (Jimeno *et alii* 1993-94).

El paisaje funerario era visible para los vivos y debía constituir un elemento de obligada referencia social. La idea de que estas necrópolis estuvieran reservadas solo a una parte destacada de la población avalaría la demarcación del lugar donde reposaban los personajes de especial relevancia social y el interés de que esa circunstancia no se olvidara. El lugar elegido para los enterramientos tiene en casi todas las sociedades consideración de lugar sacro, de especial simbolismo y muchos yacimientos documentan el uso prolongado de un mismo sitio, hecho que podemos comprobar en las necrópolis de Carratiermes, Ucero, Sigüenza, Molina o, especialmente, Herrería con una utilización prolongada a lo largo de un milenio, lo que significa que a pesar de los años pasados se seguía manteniendo como referente.

Otro elemento siempre presente en el entorno de las necrópolis es el agua, que pudo haber sido el elemento separador de los espacios funerarios, teniendo en cuenta que en todo el ámbito celta los ríos sirvieron para indicar la separación del mundo de los vivos del de los muertos (Green 1989), así como para simbolizar el tránsito hacia la otra

vida. El agua significa la suma universal de las virtualidades, el depósito de todas las posibilidades de existencia y de donde procede toda forma por lo que su simbolismo implica tanto la muerte como el renacer, reflejadas en la inmersión y la emersión (Elíade 1967: 127).

Observamos que casi todas las necrópolis conocidas se ubican cerca de los ríos, sobre sus terrazas fluviales, valorándose más su valor simbólico que la fertilidad de dichos terrenos aluviales. En otros ámbitos meseteños de la Edad del Hierro, también se ha considerado que los cauces de agua fueron elegidos intencionadamente para separar el espacio de los vivos y el de los muertos dado que el Más Allá siempre estuvo vinculado a este elemento natural (Baquedano–Escorza 1998: 88).



Fig. 2: Estela funeraria de la necrópolis de Herrería I

No solo la propia ubicación y la delimitación del espacio exterior debían conferir una especial personalidad al paisaje funerario, sino también su organización interna, con la peculiar distribución y señalización de algunas sepulturas. Entre los celtíberos, las tumbas podían señalizarse y agruparse de diferentes maneras, según conocemos por numerosos ejemplos.

Durante mucho tiempo se consideró que los enterramientos eran mayoritariamente planos y sin un orden claro, a pesar de que ya el marqués de Cerralbo había observado que en algunos yacimientos como Luzaga, Horezuela de Océn o Aguilar de Anguita había tumbas señalizadas por toscas estelas de piedra que se alineaban formando calles paralelas, aunque la ausencia de estelas en otros yacimientos suscitó una famosa polémica sobre la veracidad o no de sus testimonios, ya suficientemente comentada (Argente–García Soto 1994: 79). Hoy sabemos que en el ámbito celtibérico fue frecuente el uso de estelas como distintivo funerario desde los momentos más antiguos, caso de Herrería I fechada por radiocarbono en el siglo XI a. C. (Cerdeño *et alii* 2002), hasta los más recientes del siglo III a. C., caso de Riba de Saelices, a pesar de que en otros muchos cementerios de cronología intermedia no aparecen estas señalizaciones o no se han conservado.

Además de las estelas, hace años se descubrió la existencia de estructuras tumulares como modo de señalización de algunas necrópolis celtibéricas durante las etapas iniciales (La Umbría, Molina, Herrería, Sigüenza, Ucerro o Carratiermes) lo que constituyó una novedad importante ya que hasta las excavaciones de los años 70 y 80 se pensaba lo anteriormente comentado. Los túmulos se utilizaron a lo largo de un largo período de tiempo pues, al igual que en caso de las estelas, dichos monumentos están documentados desde las fases más antiguas de formación de esta cultura, caso de Herrería II fechada en el siglo IX a. C., hasta las fases más recientes de la necrópolis de La Yunta correspondientes al Celtibérico Tardío (García Huerta–Antona 1992), pasando por las fases intermedias de Molina (Cerdeño *et alii* 1981) o Sigüenza (Cerdeño–Perez 1993). Los túmulos solo se construyeron sobre algunas tumbas y ello indica que se invirtió más esfuerzo y más tiempo en las sepulturas de algunos grupos específicos de población, quizás personajes unidos por lazos de parentesco, elite social o rango de edad.



Fig. 3: Túmulos de la necrópolis de La Yunta (foto García Huerta)

El análisis del fenómeno tumular es complejo tanto en su interpretación socio-económica como en el esclarecimiento de su propio origen pues las altas cronologías de algunos monumentos descartan que solo fueran producto de las relaciones con el mundo ibérico. La ausencia de precedentes de estas formas constructivas en la Meseta, unido a la semejanza tipológica de las estructuras, apoya la hipótesis de su vinculación con los grupos tumulares bajoaragoneses encuadrados cronológicamente en el Bronce Final/I Edad del Hierro, tipo Los Castelletts de Mequinenza, La Loma de los Brunos, Cabezo de Monleón, etc. (Royo 1994-96; Maya 1978, 1998; Eiroa 1982), al margen de su supuesta herencia megalítica.

Una vez delimitado y estudiado el espacio terrestre elegido por cada grupo humano, no hay que olvidar la importancia que pudieron prestar al espacio celeste que permanentemente nos rodea y bajo el cual discurren nuestras vidas, al margen del lugar donde nos encontremos. Los cementerios son espacios sagrados relacionados con las creencias en el otro mundo que en la mayoría de las sociedades están ligadas a sus concepciones cosmogónicas y a sus mitos de origen, aparte del hecho de que los ritmos solares, lunares y los ciclos estacionales, que siempre vienen del cielo, marcan los acontecimientos vitales, del mismo modo que los movimientos recurrentes de los astros han servido y sirven de obligada referencia temporal. En el mundo celta europeo se creía en el

destino celeste del alma (Sopeña 1995: 213) y por ello es lógico pensar que entre los pueblos prerromanos meseteños la posición de sus recintos funerarios tuvieran alguna relación con el cielo, donde se suele colocar la morada de los seres sobrenaturales.

A partir de estos supuestos, decidimos realizar un proyecto multidisciplinar entre varios Departamentos de la Universidad Complutense de Madrid encaminado a descubrir las posibles orientaciones topoastronómicas en la necrópolis de Herrería, ubicada junto al castro de El Ceremeño (Rodríguez Caderot *et alii* e. p.). Según las mediciones efectuadas se puede demostrar que existe una clara regularidad en la colocación de las tumbas, así como su posición de visibilidad intencionada respecto al cercano castro. Las sepulturas se agrupan a lo largo de dos líneas paralelas, con un espacio libre entre ambas, cuya dirección apunta a la parada mayor de la Luna en el solsticio de invierno. La importancia que los celtíberos otorgaban a la luna es conocida por algunos textos greco-romanos o por el famoso calendario de Coligny, eminentemente lunar (Le Contel-Verdier 1997) y no era un caso excepcional puesto que entre muchas poblaciones primitivas la luna es el signo de muerte y de comienzo (creciente y decreciente) y las estaciones, los ciclos de la vegetación o la corriente de un río se asocian al principio de vida-muerte-resurrección.

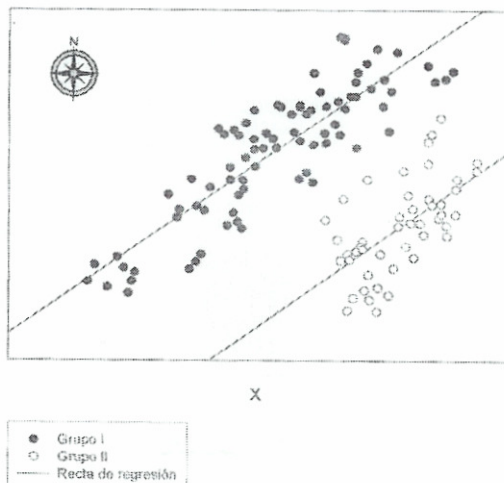


Fig. 4: Disposición de las sepulturas en la necrópolis de Herrería III.

2.2. *El ritual: actitudes religiosas y simbólicas*

La muerte ocupa un puesto ineludible en nuestro devenir cotidiano y quizás la obsesión por ella motive que durante toda nuestra vida mucha gente prepare su morada definitiva (Morin 2003: 52), incluso en nuestro desacralizado mundo actual mucha gente paga desde su juventud un seguro que le proporcione un entierro y una sepultura digna.

Esta ideas y la mitificación de todo lo concerniente a la muerte y al destino posterior del cuerpo y del alma genera unas actitudes especiales que se plasman en los rituales mortuorios, en general largos, complejos y con participación de todo el cuerpo social. La muerte es entendida entre muchos grupos arcaicos como uno de las principales ritos de iniciación, el acceso a una vida nueva donde recomienza la existencia espiritual, un re-nacimiento al mundo sagrado de los dioses (Elíade 1967: 189ss).

Bartel (1982: 40) resumió acertadamente todos los pasos rituales del acontecimiento funerario pero sabemos que la mayoría de ellos no dejan huellas evidentes una vez concluidas las ceremonias en cuestión y poco sabremos sobre actitudes, gestos o rezos de las poblaciones del pasado aunque cada vez las interpretaciones son más precisas. Líneas arriba mencionábamos la visualización permanente de los cementerios celtibéricos ante la necesidad de que los vivos nunca perdieran ese referente, así como las formas materiales y monumentales que ello genera y que identificamos en el registro, pero también hay que aludir a las manipulaciones y ritos que se hicieron directamente con los difuntos.

Las pruebas arqueológicas sobre la práctica de la incineración son concluyentes y está claro que en el caso celtibérico fue el ritual mayoritario ya que todas las necrópolis encontradas así lo confirman. Al igual que los demás rituales, que adoptan formas muy variadas, estaba encaminada a ocultar o alejar de los vivos el proceso de putrefacción del cadáver que siempre constituye motivo de rechazo y temor. La cremación del cuerpo supone un acto de purificación puesto que el fuego siempre ha sido profiláctico y además asegura una rápida ascensión a los cielos y una existencia rica en el más allá (Haudry 1981: 78), por lo que algunos grupos creen que los muertos privilegiados son los que van más deprisa al cielo, mientras que otros, los inhumados, quedan en la tierra a la que transmiten su virtud fecundante.

No conocemos demasiados detalles concretos sobre el propio acto de la cremación que se realizaba en un lugar específico o *ustrinium*, muy

pocas veces identificado durante las excavaciones dado que estarían al aire libre y por ello expuestos a las adversas condiciones climáticas; incluso en algunos casos que se ha hablado de su hallazgo podría tratarse de pozos de ofrendas o de tumbas alteradas. En cambio, se van conociendo más detalles al estudiar los huesos humanos, como en el caso de La Yunta (García Huerta–Antona 1992: 146) donde se determinó la colocación del cadáver en posición decúbito supino sobre la pira por la ausencia de vértebras, aunque podrían existir otras explicaciones para este hecho. La temperatura alcanzada durante la combustión es un dato al que se puede acceder más fácilmente y del que podría ser un ejemplo la necrópolis de Numancia, donde se alcanzó entre 600° y 800° (Jimeno *et alii* 1993-94: 38).

En cuanto a la procedencia del rito de la incineración, todo apunta a que esta costumbre funeraria fue introducida en la Península por las gentes de los Campos de Urnas y su adopción y generalización fue muy rápida por todo el territorio. Tras Cataluña, pronto estuvo presente en las necrópolis aragonesas y ahora también se ha documentado en necrópolis de la Meseta con fechas radiocarbónicas del siglo XI a. C. (Cerdeño *et alii* 2002), dataciones corroboradas por poblados del Bronce Final localizados en el reborde meseteño, como por ejemplo Fuente Estaca (Martínez 1992) y los sincrónicos “poblados de ribera” que representan el substrato indígena en contacto ya con los primeros elementos nuevos (Valiente 1984; Barroso 2002).

Una vez depositados los restos de la cremación en la tumba excavada en el suelo, continuaba la ceremonia añadiéndose a dichos restos el ajuar y las ofrendas elegidas. Era costumbre depositar una serie de piezas junto al difunto que constituían el ajuar que le acompañaba al otro mundo. En el apartado dedicado a la tipología comentaremos la naturaleza de estos objetos, pero todo parece indicar que se trataba de piezas seleccionadas, de cierto prestigio y distintivas de clase que seguramente habían usado o poseído estos personajes durante su vida. El caso quizás más interesante sea el de las armas inutilizadas inintencionadamente por la evidente carga simbólica que encierran y que pueden interpretarse como signo de heroización del difunto en una sociedad que valoraba la *virtus militantis* (Quesada 1997).

La deposición de ofrendas en las tumbas también es un hecho comprobado solo en parte al ser las evidencias muy incompletas. Lo más frecuente es que se identifiquen restos de animales sin cremar junto a los

huesos humanos y en muchas ocasiones se ha recogido dientes de caballo, de ovicáprido o jabalí dispersos entre las sepulturas. Resulta más interesante la presencia de hemimandíbulas de vaca enterradas –junto a algunas sepulturas como en el caso de Molina, Herrería o Sigüenza o de astas de ciervo en La Yunta. En algunos yacimientos se ha realizado el cómputo y por ejemplo en Numancia había restos de animales en un 50% de las tumbas (12 de 24), en La Yunta en el 12% (30 de 268) y en Sigüenza en un 30% (3 de 10).

Bien documentado el uso de la incineración, debemos recordar que algunos textos clásicos, especialmente el ya famoso de Silio Itálico o la iconografía de la cerámica numantina, aluden al ritual de la exposición del cadáver en el caso de los guerreros muertos en combate, a los que se dejaba expuestos para que los buitres, como animales sagrados, llevaran sus almas al cielo. Sopenña (1995: 184) ha realizado un profundo y pormenorizado análisis del tema argumentando bien su práctica en las etapas finales de la cultura celtibérica, creyendo que la poca comprobación material se debe a prejuicios apriorísticos. Admitiendo que esto es cierto, habría que confirmar en qué momento se implantó este ritual expositivo, si pudo ser una aportación nueva de cronología tardía o se realizaba desde las primeras fases.

Desde finales del siglo VII a. C. están perfiladas las características consideradas definitorias de los grupos celtibéricos, como el típico habitat en altura o castro, con su modelo urbano correspondiente y las necrópolis de incineración con sus conocidas singularidades, pero ello puede decir dos cosas, bien que existieran otros elementos culturales hasta ahora inadvertidos por los arqueólogos, bien que a lo largo de más de cinco siglos hubiera variaciones o aportaciones diversas.

Si el rito de exposición se hubiera practicado desde antiguo, plantearía la duda de qué se hacía con las armas de los guerreros muertos en combate, ya que las tumbas de incineración siempre han proporcionado ajuares con panoplias, desde el siglo VI a. C. Hace años ya apuntábamos dos posibles hipótesis, una de ellas que los ajuares que encontramos cerca de los poblados pertenecieran a soldados muertos por causas naturales en su lugar de residencia y otra, sobre todo en el caso de que los huesos con armas sean identificados como femeninos, que éstas se hubiesen recogido en el campo de batalla y se hubiesen enterrado posteriormente con algún miembro de la familia del caído en combate, que bien pudiera ser su esposa.

Otro dato a favor de la práctica expositiva sería el hecho de que, dependiendo de la época del año en que se produjera el deceso, el enterramiento del cuerpo no sería posible de manera inmediata ya que los suelos de Celtiberia permanecen helados durante varias semanas o incluso meses del invierno debido a las bajas temperaturas que se alcanzan. Esta circunstancia propiciaría la exposición del cadáver durante un tiempo para luego realizar la cremación del esqueleto y su posterior deposición en la sepultura.

Los estudios antropológicos (Gómez Bellard 1996) apuntan a que se cremaba el cuerpo del difunto pero creemos que tampoco hay investigaciones demasiado exhaustivas al respecto que permitan descartar de manera definitiva la incineración de esqueletos. En este sentido observamos, ahora que se está realizando mayor número de análisis óseos humanos, que cabría esta posibilidad ante el estado de trituración de algunos enterramientos, como observamos en el caso de Herrería. En varias tumbas hay huesos que claramente han sufrido alguna manipulación, no sabemos si antes o después de la cremación, pudiéndose apuntar la posibilidad del traslado de los restos del cadáver desde el lugar de exposición hasta la pira funeraria para posteriormente terminar en la tumba, dado que todas ellas aparecen quemadas (tierra, maderas...) e incluso muchas piezas de ajuar han sufrido la acción del fuego. En muchas ocasiones la cantidad de huesos recuperada supera 1 kg. de peso, mientras que en otras es mucho menor, lo que podría indicar diferente tratamiento del difunto o simplemente que la escasez de huesos se deba a las alteraciones que han sufrido las tumbas a lo largo de los años.

Aparte de estos aspectos, otra de las posibilidades interpretativas que ofrece el registro funerario es la de identificar grupos de población y realizar cálculos demográficos, objetivo que tropieza con los datos arqueológicos, siempre incompletos, y las deficiencias del registro, a pesar de lo cual las publicaciones en este campo son numerosas (por ejemplo desde Patersen 1975). La investigación del tamaño y distribución de un grupo social puede hacerse a partir de la población viva o de la muerta, que en el caso arqueológico se traduce en la necesidad de conocer con detalle los lugares de habitación o los cementerios y, siempre que sea posible, ambos para poder contrastar resultados. Uno de los pocos ejemplos en los que se intentó elaborar una pirámide de población fue en la necrópolis de La Yunta aunque se

manejó una pirámide de población muerta a partir de las incineraciones recuperadas (García Huerta–Antona 1992).

En ocasiones se puede identificar el género y la edad de la población enterrada a partir de los análisis osteológicos a pesar de que el porcentaje de seguridad no supera el 40% de los casos. Sin embargo, constituyen una prueba más fehaciente que la tradicional interpretación del género a partir de la aplicación de nuestros actuales esquemas sociales: las tumbas con joyas y fusayolas son femeninas y las que contienen armas son masculinas aún cuando se tenía constancia de que en muchas ocasiones fusayolas, armas y placas de adorno aparecen asociadas en las mismas tumbas con armas.

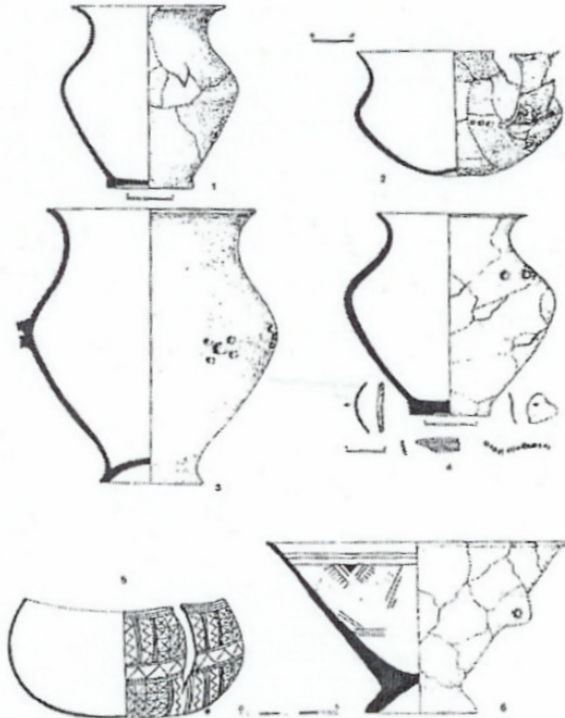


Fig. 5: Cerámica fabricada a mano de la fase Celtibérico Antiguo

2.3. *Tipología y Periodización*

El aspecto mejor conocido de las necrópolis es la tipología de los elementos que componen sus ajuares al haber sido la faceta tradicionalmente tratada por la investigación (p.e. Cabré 1933, 1943; Taracena 1932; Cuadrado 1963). En los últimos años se han revisado muchas colecciones antiguas, se han catalogado diferentes tipos de objetos y se han puesto en relación con estratigrafías de nuevos yacimientos, así como se ha atendido a otras informaciones que pueden proporcionar.

A pesar de los nuevos avances interpretativos, el hecho de resaltar la presencia y analizar la importancia de un tipo de objeto específico en un lugar determinado no hay que considerarlo como un mero ejercicio de cronotipología local a partir del establecimiento de paralelos formales, sino que sigue siendo imprescindible la correcta catalogación de las piezas que aparecen de manera recurrente y significativa en los yacimientos que estudiamos. Teniendo en cuenta que casi no se poseen dataciones absolutas de la Edad del Hierro que permitan establecer relaciones de sincronía, no puede relegarse también el estudio específico de los tipos materiales destacados. Recordemos que la Arqueología trabaja con los restos de la cultura material y que el primer e ineludible paso es conocer y ordenar los tipos formales descubiertos para manejarlos con la mayor solvencia posible, aunque las clasificaciones usadas deban someterse a revisión o actualización ante los datos que proporcionan las nuevas investigaciones.

No es este el lugar adecuado para describir una pormenorizada lista de materiales celtibéricos, pero al menos mencionaremos los elementos más significativos. Siempre se hablaba de la típica cerámica celtibérica a torno con decoración pintada y ahora podemos confirmar su derivación de modelos ibéricos tras haber documentado la presencia de cerámica ibérica de importación en los niveles de Celtibérico Antiguo de numerosos yacimientos de la Meseta oriental, y constatar que ya nunca se abandonó su uso. Sin embargo, la cerámica más abundante en estos niveles antiguos es la fabricada a mano cuya utilización se prolongó hasta varios siglos después, coexistiendo durante mucho tiempo con la más conocida a torno.

Los tipos más frecuentes de cerámica a mano son los de perfil bicónico, paredes lisas o decoradas con una breve fila de dígitos, perfiles

que se fueron suavizando en forma de “S”, a todos los que hay que considerar herederos de la tradición de los Campos de Urnas documentada desde las primeras formas catalanas del Bronce Final, pasando por las que jalonan el valle medio del Ebro, en yacimientos como Cortes, Roquizal, Loma de los Brunos, etc. (Maluquer 1958; Ruiz Zapatero 1985), hasta los ejemplares encontrados en el reborde oriental de la Meseta donde, a medida que avanza la investigación, van siendo más abundantes. Es el caso de La Umbría (Aranda 1990), Cabezo de Ballesteros (Perez Casas 1990), Molina (Gu), Herrería (Gu), Sigüenza (Gu), La Olmeda (García Huerta 1980), El Atance (Paz 1980), Carratiermes (Argente *et alii* 2000) o Las Madrigueras (Almagro 1969) donde estos tipos a mano son mayoritarios en las primeras fases.

Hay que resaltar los cuencos de paredes finas, fabricados a mano con decoración incisa o también los grafitados, cada vez más frecuentes en niveles de la I Edad del Hierro que fueron considerados por Valiente (1982:131) como derivados de ambientes europeos, bien conocidos en el Bajo Aragón y ahora en la Meseta. Así mismo podemos mencionar las cerámicas a mano pintadas, del tipo antes denominado “hallstático” que incluía los ejemplares de la Meseta y el valle del Ebro, aunque la presencia de cerámicas pintadas en las regiones del sur ha hecho pensar en la posibilidad de un origen autóctono y en la existencia de antiguas tradiciones decorativas que habrían llegado a la Meseta desde las regiones meridionales.

Por su parte, los objetos metálicos aparecidos en las necrópolis son abundantísimos precisamente porque debieron ser piezas de cierto lujo y relevancia social que acompañaban al difunto para que su posición y rango quedasen confirmados a la hora de su muerte y durante su estancia en el otro mundo. Esta selección de items ha servido a los arqueólogos para asentar las bases tipológicas y cronológicas de todas aquellas etapas.

Podemos destacar las fíbulas de bronce por ser las piezas más frecuentes en todas las necrópolis y por ello haber permitido una seriación interesante. Queremos destacar los tipos fechados en la I Edad del Hierro al constituir un elemento más de documentación de las etapas antiguas de estos cementerios. Conocemos fíbulas de codo en las necrópolis de Herrería, Valdenovillos, Alpanseque y Carratiermes, fíbulas navarro-aquitanas, fabricadas en hierro y bronce, en las necrópolis de Griegos (Almagro 1942), La Umbría, Molina, Herrería, La

Olmeda, Alpanseque, Almaluez, Carratiermes y La Mercadera (Taracena 1932; Lorrio 1990), fíbulas de bucle en Molina, Herrería, Valdenovillos y Aguilar de Anguita y de doble resorte, consideradas una evolución de las anteriores, prácticamente en todos los yacimientos celtibéricos. Ya fechadas al inicio de la II Edad del Hierro, destacamos las fíbulas de áncora y las primeras anulares hispánicas.

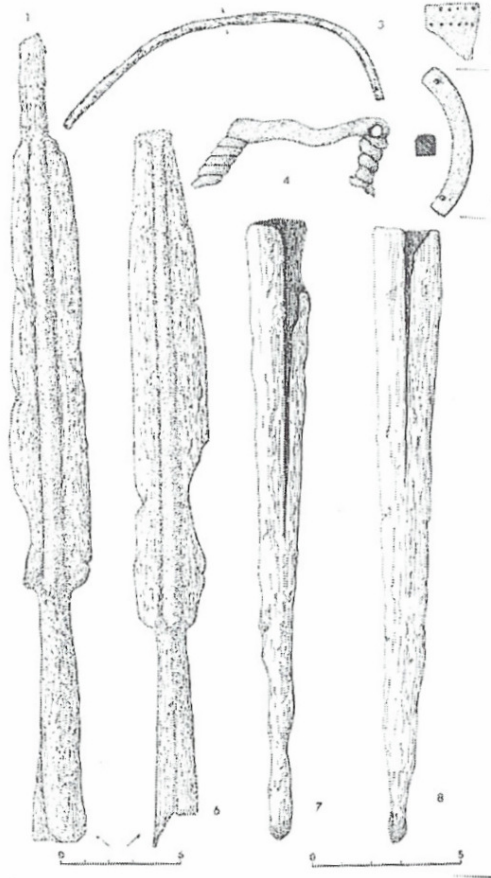


Fig. 6: Ajuar de una sepultura de la necrópolis de Sigüenza I

Entre los materiales metálicos existen otras piezas emblemáticas que son la armas de hierro y no solo por la materia prima sino por la variada significación que encierran. La presencia del nuevo metal en yacimientos celtibéricos está documentada desde la I Edad del Hierro en lugares como el castro de El Ceremeño o las necrópolis de Herrería, Sigüenza I o Aragoncillo (Arenas–Cotés 1997) donde aparecen asociadas a estructuras tumulares y a cerámicas exclusivamente a mano. Se acepta que el conocimiento inicial de la nueva metalurgia llegaría a los territorios meseteños desde el valle del Ebro y que pronto se adoptaría dados los abundantes focos ferruginosos del Sistema Ibérico y alrededores y porque debió resultar de gran utilidad por su dureza y resistencia. Los hallazgos de Sigüenza demostraron que se adoptó antes la metalurgia del hierro que el torno del alfarero, seguramente porque la nueva manera de fabricar los recipientes cerámicos no solucionaba ningún problema funcional específico.

Los primeros objetos de hierro fueron armas no excesivamente sofisticadas, entre las que destacan las puntas de lanza largas, con sus correspondientes regatones (por ejemplo 56% del total de armas en la mencionada necrópolis de Sigüenza I) y los cuchillos de hoja curva (29,3% en el mismo yacimiento) seguidas algo más tarde de las espadas (9,8% nuevamente en Sigüenza). Es una constante que las armas, muchas veces todos los tipos asociados, aparezcan formando parte de las tumbas más ricas cuyo ajuar lo compone, además, alguna fíbula, broche de cinturón, placas adorno, pinzas, etc., es decir, las más ricas y significativas siempre asociadas al carácter guerrero.

Que las armas de hierro aparezcan en un selecto número de tumbas y que lo hagan desde las primeras etapas no solo significa que fueran consideradas elementos de prestigio de un determinado grupo social, sino que trascendían el plano meramente material. Muchos autores han considerado que los celtíberos vertebraron su vida espiritual y comunitaria sobre las cualidades del ejercicio bélico al igual que en el resto del ámbito celta europeo y que consideraron la muerte en combate como uno de los ideales a conseguir, relacionándola con el destino ulterior del alma y con la propia inmortalidad (Sopeña 1995: 85, 86).

Es evidente que al margen de las valoraciones tipo-cronológicas, deben atenderse otros aspectos de los que también hablan los objetos materiales. Especialmente las armas y los restantes elementos metálicos presentes en las tumbas proporcionan mucha información sobre las

personas que los utilizaron y sobre aspectos económicos, sociales y simbólicos de la comunidad a la que pertenecieron. Las interpretaciones socio-económicas en cuanto piezas de prestigio han sido ampliamente tratadas, pero hay que insistir en que la mayoría de estas piezas también jugaron un papel importante como atuendo de las gentes que las usaron, siendo indicadoras de diferenciación social en una sociedad básicamente campesina y no solo por su forma especial, sino también por su materia prima, que en el caso del hierro se acentuaba al ser un nuevo metal y sus técnicas de manufactura incipientes en estas áreas geográficas, hecho que las convertiría en símbolos de mayor elitismo.

La aparición de ajuares claramente distintivos en tumbas individuales es una muestra de la existencia de jerarquías, de personas destacadas dentro del grupo que consideraron esos atributos repetitivos como sus símbolos de identificación, primando las semejanzas como forma de unión que les da poder y no las diferencias (Hernando 2002: 159). El hecho de que esta riqueza aparezca principalmente en los enterramientos, sin idéntica correspondencia en los poblados, donde las viviendas ofrecen gran regularidad indicativa de un cierto igualitarismo, sugieren que pensaban que había que dedicar mayor esfuerzo y atención a la muerte ya que es para toda la eternidad (ejemplos etnográficos en Barley 2000: 101) y porque se seguía asociando el poder con el mundo mítico y sobrenatural a pesar de que ya se personificara en individuos concretos (Hernando 2000: 27).

A partir de la amplia tipología de materiales, de las estratigrafías y de las informaciones que han proporcionado los yacimientos nuevos, se ha podido elaborar una periodización de la cultura celtibérica que, en cualquier caso, está sometida a constante revisión. En el cuadro adjunto solo se mencionan las necrópolis que consideramos más significativas por la información que han proporcionado.

ARQUEOLOGÍA FUNERARIA CELTIBÉRICA

FASE	SIGLOS A. C.	NECRÓPOLIS
C.U.+Grupos locales ¿Protoceltibérico?	XI-VIII	Herrería I y II
Celtibérico Antiguo	VII – ½ V	La Umbría Molina Herrería III Aragoncillo Sigüenza I Carratiermes Ucero
Celtibérico Pleno	½ V - IV	Aguilar Anguita Garbajosa Sigüenza II La Olmeda Alpanseque Gormaz etc...
Celtibérico Tardío	III – II	La Yunta Riba de Saelices Luzaga
Celtibéro-Romano	Fin II-I d. C.	Numancia Alttillo Cerropozo II

Anexo

NECRÓPOLIS DESCUBIERTAS 1ª MITAD SIGLO XX	NECRÓPOLIS EXCAVADAS POSTERIORMENTE
<p>Griegos (Teruel)</p> <p>Clares (Guadalajara)</p> <p>Turmiel (“)</p> <p>Aguilar de Anguita (“)</p> <p>Garbajosa (“)</p> <p>Padilla del Ducado (“)</p> <p>Hortezuela de Océn (“)</p> <p>Ciruelos (“)</p> <p>Luzaga (“)</p> <p>Torresaviñan (“)</p> <p>Estriégana (“)</p> <p>Altillo del Cerropozo (“)</p> <p>Rugilla (“)</p> <p>El Atance (“)</p> <p>La Olmeda (“)</p> <p>Carablas (“)</p> <p>Valdenovillos (“)</p> <p>Hijes (“)</p> <p>Renales (“)</p> <p>Alpanseque (Soria)</p> <p>Almaluez (“)</p> <p>Monteagudo de las Vicarias (“)</p> <p>Vado de la Lámpara (“)</p> <p>La Mercadera (“)</p> <p>Osma (“)</p> <p>Gormaz (“)</p> <p>La Revilla (“)</p>	<p>Cabezo de Ballesteros (Zaragoza)</p> <p>La Umbría (“)</p> <p>Las Madrigueras (Cu)</p> <p>La Yunta (Guadalajara)</p> <p>Molina (“)</p> <p>Herrería (“)</p> <p>Aragoncillo (“)</p> <p>Sigüenza (“)</p> <p>Riba de Saelices (“)</p> <p>Carratiermes (Soria)</p> <p>Ucero (“)</p> <p>Numancia (“)</p>

BIBLIOGRAFÍA

- Alekshin, V.A. (1993): “Burial customs as an archaeological source”, *Current Anthropology* 24/2: 137-150.
- Almagro, M. (1942): “La necrópolis céltica de Griegos”, *Archivo Español de Arqueología* XV: 103-113.
- Almagro Gorbea, M. (1969): *La necrópolis de Las Madrigueras (Carrascosa del Campo, Cuenca)*. Madrid.
- Aranda, A. (1990): “Necrópolis celtibéricas en el Bajo Jiloca”, en: *II Symposium sobre Los Celtíberos. Necrópolis celtibéricas*. Zaragoza, pp. 101-109.
- Arenas, J.–Cortes, L. (1977): “Ritos funerarios en la necrópolis celtibérica de Aragoncillo (Guadalajara, España)”, *Ritual, ritos y religión. III Conferencia de Deiá*. Palma de Mallorca.
- Argente, J.L.–García Soto, E. (1993): “La estela funeraria en el mundo preclásico en la Península Ibérica”, en: *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*. Soria, pp. 77-97.
- Argente, J.L.–Díaz, A.–Bescós, A. (2000): *Tiermes V. Carratiermes, necrópolis celtibérica. Campañas 1977 y 1986-1991*. Valladolid.
- Baquedano, I.–Martínez Escorza, C. (1998): “Alineaciones astronómicas en la necrópolis de La Osera”, *Complutum* 9: 85-100.
- Barley, N. (2000): *Bailando sobre la tumba. Encuentros con la muerte*. Barcelona.
- Barroso, R. (2002): *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el Tajo Superior*. Alcalá de Henares.
- Bartel, B. (1982): “A Historical Review of Ethnological and Archaeological Analysis of mortuary practices”, *Journal of Anthropological Archaeology* 1: 32-58.
- Cabré, J. (1933): “Datos para la cronología del puñal de la cultura de Las Cogotas”, *Archivo Español de Arte y Arqueología* 24: 37-47.
- Cabré, J. (1943): “La cerámica céltica de Azaila”, *Archivo Español de Arte y Arqueología* 51: 49-63.
- Cerdeño, M^a.L.–García Huerta, R.–Paz, M. (1981): “La necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara). Campos de Urnas en el este e la Meseta”, *Wad-al-Hayara* 8: 7-82.
- Cerdeño, M^a.L.–Pérez Inestrosa, J.L. (1993): *La necrópolis de Sigüenza: revisión del conjunto*. Teruel.

- Cerdeño, M^a.L.–Marcos, F.–Sagardoy, T. (2002): “Campos de Urnas en la Meseta oriental: nuevos datos sobre un viejo tema”, *Trabajos de Prehistoria* 59/2: 135-147.
- Collis, J. (1986): “Adieu Hallstatt! Adieu La Tène!”, *Aquitania, Supplement* 1: 327-330.
- Collis, J. (1994): “Reconstructing Iron Age Society”, en: K. Kristiansen–J. Jensen (eds.): *Europe in the first Millenium B. C.* Sheffield, pp. 31-40.
- Criado, F. (1993): “Visibilidad e interpretación del registro arqueológico”, *Trabajos de Prehistoria* 50: 39-56.
- Cuadrado, E. (1963): *Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica*. Madrid.
- Cuadrado, E. (1968): *Excavaciones en la necrópolis celtibérica de Riba de Saelices (Guadalajara)*. Madrid.
- Chapman, R.–Kinnes, I.–Randsborg, K. (eds.) (1981): *The Archaeology of Death*. Cambridge.
- Eiroa, J.J. (1982): *La Loma de Los Brunos y los Campos de Urnas del Bajo Aragón*. Zaragoza.
- Elfiade, M. (1967): *Lo sagrado y lo profano*. Madrid.
- García Huerta, R. (1980): “La necrópolis de la Edad del Hierro de La Olmeda (Guadalajara)”, *Wad-Al-Hayara* 7: 9-33.
- García Huerta, R.–Antona, V. (1992): *La necrópolis celtibérica de La Yunta (Guadalajara). Campañas 1984-1987*. Toledo.
- García Soto, E. (1990): “Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto valle del Duero”, en: *II Symposium sobre Los Celtíberos. Necrópolis celtibéricas*. Zaragoza, pp. 13-38.
- Gómez Bellard, F. (1996): “El análisis antropológico de las cremaciones”, *Complutum Extra* 6/II: 55-64.
- Green, M. (1989): *Symbol and Image in Celtic Religious Art*. London.
- Haudry, J. (1981): *Les indoeuropéens*. Paris.
- Hernando, A. (2000): “Hombres del tiempo y mujeres del espacio: individualidad, poder e identidades de género”, *Arqueología Espacial* 22: 23-44.
- Hernando, A. (2002): *Arqueología de la Identidad*. Madrid.
- Hodder, I. (1982): *Symbolic and structural archaeology*. Cambridge.
- Hill, J.D.–Cumberpatch, G. (1993): “Volviendo a pensar la Edad del Hierro”, *Trabajos de Prehistoria* 50: 127-137.
- James, S. (1992): *Exploring the world of the Celts*. London.

- Jimeno, A.–Trancho, G.–Morales, F.–Robledo, B.–López, I. (1993-94): “Ritual y dieta alimenticia: la necrópolis celtibérica de Numancia”, *Numantia* 6: 31-44.
- Le Contel, J.M.–Verdier, P. (1997): *Un calendrier celtique. Le calendrier gaulois de Coligny*. Paris.
- Maluquer, J. (1958): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico II*. Pamplona.
- Marco, F. (1987): “La religión de los celtíberos”, en: *I symposium sobre Los Celtíberos*. Zaragoza, pp. 55-75.
- Martínez, V. (1992): “El poblado de Campos de Urnas de Fuente Estaca (Embid, Guadalajara)”, en: J. Valiente (ed.): *Celtización del Tajo Superior*. Alcalá de Henares, pp. 67-78.
- Maya, J.L. (1978): “Las necrópolis tumulares ilerdenses”, *2º Col·loqui Internacional d’Arqueologia de Puigcerdà*. Puigcerdà, pp. 83-96.
- Morín, E. (2003): *El Método V. La humanidad de la Humanidad. La identidad humana*. Madrid.
- Patersen, W. (1975): “A Demographer’s View of Prehistoric Demography”, *Current Anthropology* 16/2: 227-245.
- Paz, M. (1980): “La necrópolis céltica de El Atance (Guadalajara)”, *Wad-Al-Hayara* 7: 35-57.
- Pérez Casas, J.A. (1990): “Las necrópolis de incineración del Bajo Jalón”, en: *II Symposium sobre Los Celtíberos. Necrópolis Celtibéricas*. Zaragoza, pp. 111-121.
- Quesada, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la cultura ibérica*. Montagnac.
- Rodríguez, G.–Cerdeño, M^a.L.–Folgueira, M.–Sagardoy, T. (en prensa): “Arqueoastronomía aplicada en un enclave celtibérico”, *Complutum* 16.
- Royo, J.I. (1994-96): “Ritual funerario y cultura material en las necrópolis tumulares de Los Castelletts de Mequinenza (Zaragoza): una aportación al estudio del Bronce Final/Hierro I en el NE peninsular”, *Gala* 3-5: 93-108.
- Ruíz Zapatero, G. (1983): *Los Campos de urnas del Noreste de la Península Ibérica* (Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid). Madrid.
- Shanks, M.–Tilley, C. (1982): “Ideology, symbolic power and ritual communication; a reinterpretatio of Neolithic mortuary practices”,

- en: I. Hodder (ed.): *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge, pp. 129-154.
- Sopeña, G. (1995): *Ética y ritual. Aproximación a la religiosidad de los pueblos celtibéricos*. Zaragoza.
- Taracena, B. (1932): *Excavaciones en la provincia de Soria*. Madrid.
- Valiente, J. (1982): “Cerámicas grafitadas de la comarca segontina”, *Wad-Al-Hayara* 9: 117-135.
- Valiente, J. (1999): “La facies Riosalido y los Campos de Urnas en el Tajo Superior”, en: J.A. Arenas–M. Palacios (ed.): *El origen del mundo celtibérico*. Molina de Aragón, pp. 81-96.
- Winter, C.T.–Salazar, D. (1997): “Perspectivas teóricas para una arqueología interpretativa de la muerte”, *Anales de la Universidad de Chile*, Sexta Serie, n° 6.